

EL DESCUBRIMIENTO DE LA VISIÓN CREADORA EN SAN AGUSTÍN ¹

Agradezco al P. Oroz Reta la invitación a colaborar en el homenaje al eminente agustinólogo P. Capánaga. Esto me ofrece la oportunidad de dar las gracias públicamente al santo obispo de Hipona quien me abrió inmensos horizontes filosóficos con su descubrimiento de la visión creadora como causa de la verdad ontológica y, por tanto, de la esencia de todas las cosas. Además, mi nacionalidad me obliga a una rectificación: en la mejor obra que poseemos en Alemania sobre la verdad de las cosas,² el autor, que trata magistralmente de la transcendencia que asume la visión creadora en el pensamiento de santo Tomás de Aquino, no nos habla del origen de esta idea en san Agustín.

LA VISIÓN CREADORA EN ALGUNOS TEXTOS AGUSTINIANOS

Es interesante observar que los textos donde san Agustín habla con más claridad y precisión de la Verdad ontológica causada por la visión creadora de Dios, se encuentran en las tres obras principales de la época de madurez en su inmenso trabajo: al fin de las Confesiones (redactadas en el año 400), en *De Trinitate* (400-416) y en *De civitate Dei* (413-426). Ya este hecho comprueba de modo contundente que se trata de una idea que Agustín consideraba como un pilar central para fundar la Verdad, una idea, además, que nunca ha "retractado".

Transcribo aquí los textos ³en la traducción de la B. A. C.:

"Nosotros, pues, vemos estas cosas, que has hecho, porque son; mas tú, porque las ves, son". "Todas sus criaturas, espirituales y corporales, existen porque Él las conoce, no porque existen, las conoce. No ignoró las cosas que había de crear, y porque las conoció las creó, no porque las creó las conoció. Y no conoció las cosas creadas de modo diferente a como las conoció antes de su creación. Nada añaden las criaturas a su sabiduría; al contrario, de ella reciben su existencia en la medida y momento oportunos; mas la sabiduría permanece como era. Así está escrito en el Eclesiástico (23, 29): 'Antes de ser creadas, todas las cosas ya eran para Él conocidas; y lo mismo después de

¹ Homenaje al P. V. Capanaga, Barcelona 1968, en: *Augustinus XIII* (Madrid) 408-423.

² Pieper, J., *Wahrheit der Dinge*, Munchen, 3 ed. 1957.

³ *Confessiones XIII*, 38, 53 (Ed. Bil. En la BAC, tomo II, pp. 716-717.).

acabadas'. Las conoció lo mismo, no de otra manera, antes de ser creadas y después de estar acabadas. ¡Cuán diferente de esta ciencia es la nuestra! La ciencia de Dios es su misma sabiduría; la sabiduría su misma esencia o sustancia. En la maravillosa simplicidad de su naturaleza, el saber no difiere del ser; ciencia y existencia se identifican". "Dios no hizo nada sin conocimiento. Y esto no puede decirse con rectitud de cualquier artífice humano. Por tanto, si todo lo hizo sabiendo, hizo las cosas que había conocido. De aquí aflora a nuestra mente algo admirable, pero verdadero: que este mundo no podría ser conocido por nosotros si no existiera; mas, si no hubiese sido conocido por Dios, no podría existir".

Podrían aducirse cien y más pasajes agustinianos que van en la misma línea; pero no es necesaria tal prodigalidad para reconocer un pensamiento tan claro y tan genuinamente agustiniano, sobre todo porque podemos referirnos a las colecciones de textos y las amplias y exhaustivas bibliografías que debemos a las investigaciones minuciosas que han realizado sobre el tema de la teoría del conocimiento y la verdad en san Agustín el P. Capánaga y el P. Morán.

MEDITACIÓN SOBRE EL SENTIDO DE LA VERDAD ONTOLÓGICA

El sentido de la doctrina agustiniana acerca de la Visión creadora no deja lugar a dudas. Abarca mucho más que un simple hacer constar que todo el universo es creado por Dios. Dice, en primer lugar, que la Creación Divina es totalmente distinta de toda posible creación humana, aun en sus formas más altas del arte y de la creación intelectual, científica y filosófica.

La creación humana -si no queda en el plano de la mera imaginación, la fantasía y los ensueños- debe apoyarse necesariamente en un ser, en una realidad exterior y anterior al hombre. El arquitecto precisa un lápiz y papel para poder dibujar el croquis del edificio que proyecta; a los albañiles les hacen falta muchos materiales de construcción para realizar la obra. Tal vinculación vale también, en cierto sentido, en el caso de las creaciones libres del alma humana: en la imaginación y en la fantasía pura e independiente, por la sencilla razón de que nunca podemos imaginarnos algo o soñar con algo que no hemos visto antes en la realidad.

Esta dependencia del ser, inherente a la condición natural del hombre se manifiesta y revela, de un modo paradigmático, mediante la relación más íntima que existe en el mundo -salvo la relación del amor-, a saber, la relación del conocimiento, del

entendimiento, de la percepción, de la visión. Los hombres nunca podemos ver y conocer algo que no sea antes, es menester que "dejemos que las cosas sean" (como reza una expresión feliz que ha acuñado don Jesús Arellano). Este es el realismo sano -pero no exagerado- que san Agustín expresa con la sencilla constatación: "Nosotros vemos las cosas porque son"; "este mundo no podría ser conocido por nosotros si no existiera".

Los términos de esta relación se invierten, si pensamos en la visión de Dios, la visión del Creador y, por tanto, absolutamente creadora. En el mismo momento en que Dios pronuncia el *fiat* de la creación -"*Ergo dixisti, et facta sunt; atque in verbo tuo fecisti ea*" -la Visión de Dios crea la esencia de toda la realidad: "*Fiat caelum, fiat terra, fiat lux...*". Lo decisivo es meditar y entender con toda claridad que nunca puede ser la esencia de las cosas la causa del Conocimiento Divino, sino que, al contrario, la visión creadora de Dios es la Causa de todas las cosas, *de todas las criaturas*. Con toda razón dice el P. Ángel Custodio Vega, refiriéndose al fin de las Confesiones: "*Tu autem quia vides ea, sunt*": "Lo contrario sería suponer a Dios dependiente de la criatura, al menos en el orden cognoscitivo, lo que es un absurdo".

Es preciso realizar con toda claridad y firmeza esta idea grandiosa que nos propone san Agustín de la visión creadora: si Dios cambiase voluntariamente su Visión del mundo, o de una cosa en él, entonces todo el mundo o esta cosa que el Creador quiere ver de otra manera, cambiaría inmediatamente su esencia según la Voluntad omnipotente del Creador; y si Dios dejase de pensar y querer el universo, en su creación continua, este mundo desaparecería instantáneamente en la nada, de la que es creada. Con otras palabras: No es la propia esencia de las cosas lo que garantiza su estabilidad, sino -primera y últimamente- la veracidad y fidelidad de la visión creadora: "Dios no se muda", como dijo Teresa de Ávila en su hermoso poema.

Podemos resumir, pues, el pensamiento agustiniano como sigue: La verdad ontológica -que es la verdadera esencia de todas las cosas, y de la que nuestro entendimiento humano recibe y toma sus conocimientos parciales- es la visión creadora con la que Dios penetra, mantiene y crea continuamente todo el universo, hasta sus confines últimos y sus orígenes íntimos. Ocho siglos y medio después de este gran descubrimiento de san Agustín -que atraviesa toda la tradición de la *Philosophia perennis* hasta Nicolás de Cusa- santo Tomás de Aquinas expresa la misma Verdad con la fórmula concisa: "*Res naturales, ex quibus intellectus noster scientiam accipit, mensurant intellectum nostrum..., sed sunt mensuratae ab intellectu divino*".

LA VERDAD ONTOLÓGICA SUPERA LOS EXTREMOS DE UN REALISMO O IDEALISMO EXAGERADOS

En su libro citado en la nota primera, Josef Pieper en su única alusión larga a san Agustín, escribe:

"Agustín dice: *Verum mihi videtur id quod est*. La verdad me parece ser lo que es. Aunque la auto-relación del ente y su identidad consigo mismo, con la que se define aquí la verdad de las cosas, teniendo en cuenta tan sólo lo dicho expresamente, se entendía en san Agustín y sus discípulos como no independiente del conocimiento creador de Dios, sin embargo, esta proposición equívoca que dice que "la verdad es lo que es" ha sido, aparentemente, el comienzo de una restricción y un empobrecimiento del concepto original de la verdad".

La definición que ha citado Pieper se encuentra en los *Soliloquios*, que san Agustín redactó en el año 387. No se trata de una formulación definitiva que da la razón, sino más bien de un intento de fuga, de evasión del hombre Agustín ante la inexorable razón que le acosa a preguntas. Desgraciadamente, los *Soliloquios* quedaron sin terminar; pero sabemos claramente su fin intelectual: a saber, dar una prueba filosófica de la inmortalidad del alma a través de la eternidad de la Verdad: "*Erit igitur veritas, etiamsi mundus intereat*".

A pesar del carácter fragmentario de los *Soliloquios*, el trasfondo metafísico del pensamiento puede ya entreverse con suficiente claridad: es precisamente la necesaria relación de la verdad al entendimiento, que aquí se presupone con la misma decisión como casi nueve siglos más tarde en las *Quaestiones disputatae de veritate* de santo Tomás (1256-1259). A grandes rasgos, la alta metafísica trascendental de san Agustín puede resumirse como sigue: para fundamentar ontológicamente la Verdad, no basta la relación trascendental con la *visio Dei*, sino que se encuentra también, en la íntima profundidad de la verdad de la vida de cada uno de nosotros, una relación necesaria a su ser vivida -para siempre, más allá de la muerte-, en la memoria de la persona finita, transfigurada por la presencia de la Verdad infinita, pero insustituible en su "yo soy" único. Por tanto, como la verdad es eterna, tampoco el alma humana a la que la verdad dice relación puede morir. La justa crítica, pues, que Josef Pieper opone contra la "Ilustración" del racionalismo alemán en el siglo XVIII (Christían Wolff, Alexander Gottlieb Baumgarten)

con su ontologismo estéril, no puede extenderse, en absoluto, a aquella definición marginal en los Soliloquios que confunde -por un momento solo, nunca por principio- la verdad con el ser.

Al meditar los textos agustinianos, siempre encontramos la necesaria relación trascendental de la verdad de las cosas (la verdad ontológica) a la visión creadora de Dios que es la Causa primera de todas las esencias, tengan o no la existencia, el acto del ser. Por tanto, no es posible achacar a san Agustín un realismo exagerado que no conozca la necesaria relación del universo entero al Espíritu absoluto. Por otra parte, tampoco es posible rastrear en las obras agustinianas el más mínimo rasgo de un idealismo exagerado, del tipo del acosmismo de Berkeley (1684-1753), con su famosa fórmula: *Esse est percipi*. Los dos extremos -el realismo y el idealismo- no se encuentran, y están superados ya en una conciliación y complementariedad superior en san Agustín.

A primera vista y de un modo superficial, se podría desprender que san Agustín, al insistir tantas veces en el carácter trascendental de la *unidad absoluta en Dios*, no discierne clara y destacadamente el mundo de las Ideas eternas de toda posible creación, de la creación real y temporal, del *fiat* espontáneo y voluntario de Dios. Pero esta opinión sería un prejuicio muy superficial. Es absolutamente preciso distinguir claramente entre la Unidad trascendental en Dios (en Él no se distinguen la visión y la voluntad, la esencia y la existencia; la fórmula clásica tomista es: *Deus sua indistinctione distinguitur ab omnibus*) y su repercusión en la naturaleza creada, donde existe una distinción real entre la esencia creada por la visión creadora y el acto del ser, producido por la palabra libre y voluntaria del *fiat*. Puede ser que san Agustín no distinga tan claramente entre la *scientia simplicis notitiae et visionis* y la *scientia approbationis* como lo hará santo Tomás de Aquino; pero esta distinción necesaria está latente y presente en todas sus obras que giran en torno al misterio de la creación del ser de la nada, en todos sus comentarios *De genesi ad litteram*. San Agustín siempre se mueve en la búsqueda de la cumbre que supera los extremos dialécticos del realismo e idealismo exagerados.

LOS ORÍGENES DE LA DOCTRINA DE LA VISIÓN CREADORA EN SAN AGUSTÍN

Sin embargo, entre los dos extremos mencionados fue más bien un cierto impacto de un noble idealismo que daba ya al joven Agustín los impulsos para que su espíritu pudiera volar a las alturas de la verdad ontológica creada por la *visio Dei*. No debe ni puede extrañar que sea así, porque es menester que se aligere y disminuya el peso

óptico de las cosas (si vale la expresión) antes de que el pensamiento pueda levantarse a la alta metafísica trascendental de la Verdad, Bondad, Hermosura, Libertad, Unidad... . Y la metafísica trascendental, que parte de la insuficiencia óptica del mundo y todo en él, fue siempre el corazón de la filosofía cristiana.

Esta notoria insuficiencia del mundo, la ha visto ya el joven Agustín, con toda claridad. En *Contra academicos* escribió, cuando tenía 33 años de edad: "Yo, pues, llamo mundo a todo esto, sea lo que fuera, que nos contiene y sustenta; a todo eso, digo, que aparece a mis ojos y es advertido por mí con su tierra y su cielo, o lo que parece tierra y cielo". La relación que une el mundo inseparablemente con su ser percibido se revela aquí como evidente.

Trece años más tarde escribió en las *Confesiones*: "Y miré las demás cosas que están por bajo de ti, y vi que ni son en absoluto ni absolutamente no son. Son ciertamente porque proceden de ti; mas no son, porque no son lo que eres tú".

Esta tendencia irresistible hacia la primacía óptica del Espíritu sobre todo el mundo -que caracteriza el pensamiento trascendental- se manifiesta en forma bellísima a través de la famosa ascensión del alma que Agustín describe también en las *Confesiones*: "Pregunté a la tierra y me dijo: *No soy yo*; y todas las cosas que hay en ella me confesaron lo mismo. Pregunté al mar y a los abismos y a los reptiles de alma viva, y me respondieron: *No somos tu Dios*; búscale sobre nosotros. Interrogué a las auras que respiramos, y el aire todo, con sus moradores, me dijo: *Engáñase Anaxímenes: yo no soy tu Dios*. Pregunté al cielo, al sol, a la luna y a las estrellas: *Tampoco somos nosotros el Dios que buscas*, me respondieron. Dije entonces a todas las cosas que están fuera de las puertas de mi carne: Decidme algo de mi Dios, ya que vosotros no lo sois; decidme algo de él. Y exclamaron todas con grande voz: *El nos ha hecho*. Mi pregunta era mi mirada, y su respuesta su apariencia".

En esta visión, el mundo con todos los seres en él es esencial y necesariamente percibido, visto y conocido; y se puede entrever ya la última conclusión filosófica de las *Confesiones*: "Los hombres vemos las cosas porque son; pero son y son así porque Dios las ve".

ORIGINALIDAD DE SAN AGUSTÍN EN ESTA CONCEPCIÓN

Creo que no hacen falta muchas palabras para poner de relieve la originalidad de san Agustín en esta gran concepción de la visión creadora. Porque por una parte, no se

encuentra formulada con tanta claridad en toda la tradición de los Padres griegos y latinos -aunque está latente en ella ya desde san Justino († entre los años 164 y 166) para quien "la Verdad en su plenitud es Cristo, el Logos eterno que se hizo hombre". Por otra parte, valen los criterios internos que nos aseguran que es un pensamiento tan auténtico y genuinamente cristiano y sobre todo agustiniano, que es ajeno a la mentalidad helénica (cosmocéntrica, no teocéntrica), tan aferrada a las cosas, al ente, al ser. Repugna a la filosofía griega el meditar sobre la necesaria relación que liga y re-liga (Zubiri) a todo el universo con un Espíritu creador; el pensar que la *ousía*, la esencia íntima de todas las cosas, no existe de modo independiente, sino tan sólo en una creación continua por la visión divina. Sin embargo, y a despecho de la mentalidad helénica en sus rasgos generales, hay unos atisbos, unas "razones seminales" ya en la filosofía griega, que -por haberse formulado ya siglos antes de la revelación cristiana- atestiguan el carácter también puramente filosófico de este pensamiento. Me refiero sobre todo a algunos fragmentos de Jenófanes (c. 577-480), el maestro de Parménides, que hablan del Dios único que ve todo, piensa todo, oye todo, rige y gobierna todo con la fuerza de su pensamiento; y me refiero al idealismo teocéntrico del joven Aristóteles tal como aflora en el libro XII de la Metafísica.

CONSECUENCIAS Y TRANSCENDENCIA FILOSÓFICA DE LA DOCTRINA AGUSTINIANA DE LA VISIÓN CREADORA DE DIOS

Las consecuencias filosóficas de la doctrina agustiniana apenas pueden apreciarse en toda su envergadura, alcance y profundidad. Su trascendencia se manifiesta principalmente en las siguientes cuatro direcciones:

1.º La verdad ontológica, creada por la visión de Dios, salva y sostiene todas las cualidades percibidas como reales, como pertenecientes verdaderamente a las cosas. Se resuelve el problema que ha gravado el pensamiento de la Edad Moderna desde Galileo hasta Einstein, a saber, el problema de la objetividad o subjetividad de las cualidades sensoriales, con la famosa distinción entre cualidades "primarias" y objetivas -las que se reducen a lo "háptico", lo que se puede palpar con los dedos- y las cualidades "secundarias" y subjetivas -la luz, los colores, los sonidos, olores, gustos, etc.-. Hoy día, la crítica kantiana y la física moderna han puesto en tela de juicio también las cualidades "primarias" y las juzgan como "no objetivables", de modo que resultaría una total subjetivación de la realidad exterior si no podemos verla a la luz de la visión creadora.

Entonces el problema se ha de plantear en otros términos; y en lugar de preguntar: ¿Cómo podemos pensar un mundo independiente de todo pensamiento? -en el fondo, una pregunta absurda, porque siempre nos encontramos con un mundo percibido, conocido y pensado por nosotros- podemos confiar en que "nuestra búsqueda de la verdad tiene valor a los ojos de Dios" como se ha expresado un eminente investigador de nuestro siglo.

2.º En estrecha relación con la justificación de las cualidades percibidas a través de la visión creadora, se encuentra la fundamentación óptica de la verdad en cuanto tal. No se trata aquí de la verdad lógica y gnoseológica -el problema de si nuestro lenguaje describe adecuadamente los fenómenos percibidos o recordados-, sino de algo más profundo: La realidad que percibimos y juzgamos ¿es verdad así como la vemos, con nuestros ojos físicos y también los interiores, intelectuales y espirituales?

Los hombres sólo tenemos tres evidencias objetivas, onto-lógicas, acerca de la verdad: la primera evidencia es que existe la verdad, aunque todavía no poseamos una noción clara acerca de su esencia. Segunda evidencia: que la verdad requiere necesariamente su conocimiento, y por tanto una persona que conoce. Tercera evidencia: que los hombres sólo podemos acercarnos hacia la verdad, pero nunca podemos aprehenderla en toda su integridad, precisión y altura, y menos todavía podemos fundamentarla en su esencia y existencia.

La tercera evidencia se funda no sólo en la debilidad e insuficiencia de nuestro entendimiento, sino también y más todavía en la naturaleza y situación general de nuestra inteligencia que siempre es un conocimiento pasivo y receptivo, o por lo menos (si tenemos en cuenta el *intellectus agens*) tiene que partir de impresiones recibidas de las cosas y los fenómenos. La fórmula clásica es la siguiente: *Res mensurant intellectum nostrum*.

La misma fórmula continúa: ... *sed (res) sunt mensuratae ab intellectu divino*. Esto es lo decisivo para fundamentar ópticamente la verdad: una visión *activa y creadora* que es causa de todo ente, porque tan sólo un conocimiento que no recibe, sino que crea todas las formas esenciales, puede abarcar y agotar la verdad íntegra y total, por su saber con absoluta evidencia que nada queda fuera de su visión creadora de todo. Como no hay nada que no sea creado por El, no hay nada que no sea visto y sabido por El, y así se crea la verdad de todas las cosas, la *veritas ontológica*.

Sin esta verdad, tanto la investigación científica como la filosófica carecería de sentido, porque a lo sumo habría opiniones y perspectivas humanas, que nunca podrían

pretender acercarse asintóticamente a una verdad cuya existencia niegan, negando la existencia de la visión creadora de Dios. A lo más, se podría decir que las ciencias buscan la realidad percibida por el hombre, mejor dicho: "los hombres": *quot capita, tot sententiae*; pero el problema filosófico consiste precisamente en preguntarse si los mundos de los hombres (porque no existe unanimidad acerca de ellos) pueden esperar un acercamiento hacia la verdad. Para que tal esperanza tenga sentido, necesariamente debe presuponerse la existencia de la verdad. Pero la verdad no puede ser fundada, ónticamente, por los hombres, y menos todavía por las realidades exteriores percibidas y juzgadas por los hombres, porque cada realidad depende de las opiniones y los prejuicios humanos, si no se admite un juicio superior, supremo y definitivo. La conclusión fácil y sencilla es: no hay verdad sin la visión creadora de Dios. El haber descubierto esta primera y última fundamentación de la verdad, es el mérito de san Agustín.

3.º Mientras las dos anteriores búsquedas de la transcendencia de la verdad ontológica -la de la explicación objetiva de todas las cualidades percibidas y la de la fundamentación objetiva de la verdad de la realidad, o de la verdadera realidad- tienen su raigambre, fuente y origen en el mundo de los hombres, el *antropo-cosmos*, ahora partimos de la revelación de la verdad ontológica creada por la visión de Dios para preguntarnos: ¿qué afectos y repercusiones tiene en el mundo humano, en el universo en que vivimos?

En primer lugar, es muy importante subrayar que la creación divina, a través de la intuición agustiniana de la visión creadora, adquiere también gnoseológicamente su realidad óptica de ser una *creación continua*. Y por esta misma razón se vence y supera el más mínimo rasgo del iluminismo del siglo XVIII, del deísmo naturalista que admite la creación del mundo, en tiempos muy remotos, hace muchos millones de años, pero que no reconoce la necesaria continuación de la creación divina en cada momento de la historia del mundo. La razón es clara: Si basta con la voluntad de Dios para pronunciar su *fiat* y crear el mundo, se podría pensar por un momento en lo absurdo de una pura existencia de este mundo sin la continua presencia su Creador; pero si es necesaria - como nos enseña san Agustín- la visión creadora de Dios para conservar y mantener todo el universo en su propia esencia, en la verdad de su esencia (y es obvio que no hay existencia sin la esencia respectiva), entonces la necesidad de la creación se traduce en la necesidad de una creación continua, porque una visión interrumpida dejaría de serlo, y si dejase de ser por un solo momento la visión creadora -según la concepción de san Agustín-, entonces también dejaría de ser, de existir, todo el mundo.

4.º Finalmente, la trascendencia del descubrimiento de la verdad ontológica a través de la visión creadora consiste en permitir al pensamiento filosófico, desde un primer momento, situarse en el centro de la primacía y superioridad óptica del Ser personal, sobre todo el universo y todas las cosas contenidas en él. Las consecuencias de los tres pasos antecedentes que acabamos de esbozar no dejan lugar a dudas:

Primero: Si no se puede pensar ninguna cualidad -llámese "primaria" o "secundaria"- del mundo en que vivimos sin pensar a la vez en su ser percibida por una persona capaz de percibir (para citar un solo ejemplo: es imposible decir "luz" o "colores" sin decir, al mismo momento, "ojos que ven la luz"; y es imposible decir "ojos" sin decir, al mismo momento, "alma que ve a través de los ojos").

Segundo: Si no podemos pensar la existencia y esencia de la verdad sin pensar, en el mismo momento, en la existencia, el Ser de una visión absoluta -evidente, unificadora, integradora, espiritual, transtemporal y transespacial-, la que sobrepasa infinitamente nuestro entendimiento humano;

Tercero: Si la visión creadora debe ser -necesariamente y desde su principio- continua y eterna, entonces se sigue sin ninguna dificultad del pensamiento -si la voluntad es recta y sin prejuicios- la existencia necesaria de un Espíritu absoluto infinitamente superior a nuestro pobre entendimiento humano, que sin embargo y no obstante su propia debilidad, puede ver, conocer y reconocer, con toda claridad, la existencia de la Verdad fundada por la visión creadora que supera infinitamente toda posible visión humana. El ver -a través de todos los límites que se imponen a nuestras visiones humanas- la visión ilimitada que es la causa creadora de todos los horizontes que podemos adivinar, es una de las pocas evidencias objetivas y ópticas que posee el hombre; y como la evidencia existencial del "yo soy" está acompañada de una gran incertidumbre acerca de la esencia del hombre. Tampoco impiden las dudas acerca de la esencia y el contenido de la verdad la evidencia, el saber exacto y preciso de que existe la verdad; por el contrario, no podríamos dudar de algo humano sin presuponer la existencia de una, y sólo una verdad acerca de este "algo". Con la misma evidencia podemos saber que la verdad sólo puede ser fundada ópticamente por una visión creadora y activa, y no pasiva y receptora, como la humana. La conclusión es fácil: existe una, y sólo una visión creadora. Si no se quiere admitir esta conclusión, no queda otro remedio que negar la existencia de la verdad, en cuyo caso todo se disuelve en un juego de opiniones humanas, ninguna de las cuales podría pretender que tiene razón, si no existe la verdad y la esperanza de poder participar en ella.

Las consideraciones anteriores no quieren ser más que una invitación hacia el gran pensamiento de san Agustín que -como toda la alta metafísica trascendental- debe ser meditada cada día de nuevo, hasta convencernos en su propia luz:

Nos itaque ista, quae fecisti, videmus quia sunt; tu autem quia vides ea, sunt... A te petatur, in te quaeratur, ad te pulsetur: sic, sic accipietur, sic invenietur, sic aperietur.